

Las mujeres: creatividad y futuro

Creatividad es lo que se requerirá en los noventa para proponer nuevos cauces para las mujeres. Sobre todo en el contexto de los acelerados procesos que afectan a la sociedad mexicana y a la comunidad global. Como todo problema central en la evolución de las sociedades, a medida que se ensayan análisis y que se crean estrategias y prácticas para un movimiento social y político, se van sucediendo fases que van de lo simple a lo complejo, de lo unifactorial a lo multifactorial y de lo introspectivo a lo extragenérico. Esto nos lleva a constatar que desde 1968 las mujeres hemos recorrido ya un largo camino, de avances reales y de resultados contradictorios, de sucesos inesperados y de expectativas que se despeñaron.

En un principio todo parecía sencillo. La primera palabra, a fines de los sesenta, fue "liberación", es decir, el obstinarnos en romper con ataduras culturales de siglos. La "concientización" surgió, significativamente, a la par de la píldora anticonceptiva, del neo-maltusianismo y de los importantes movimientos independentistas, anti-dependentistas y reivindicativos de los "pueblos oprimidos". De unos y otros se tomaron indicadores, estrategias y tácticas. Al principio la "cuestión de la mujer" se trató de insertar con calzador en otros movimientos de liberación, y se tomaron prestados términos y discurso.

Después, el movimiento se definió como feminista y surgió una teoría propia, el discurso de la subordinación de la mujer, del patriarcado, de la división del trabajo por sexo. Subyacía a estas discusiones el debate sobre si el "hombre" y la "mujer" somos iguales, con el mayor peso, diría yo, inclinándose hacia la igualdad. Sobre la premisa de la igualdad originaria se construyeron varios debates: que si el capitalismo provocaba la subordinación de la mujer; que si en las comunidades indígenas la mujer tenía una posición igualitaria frente al hombre; que si la exclusión de la mujer del mercado de trabajo representaba una discriminación propositiva; que si el sometimiento de la mujer se derivaba de su falta de autonomía económica; que si la marginación de la mujer en la organización política provenía de un inveterado patriarcalismo político. En todos estos debates, la respuesta, inevitablemente simplista, fue sí.

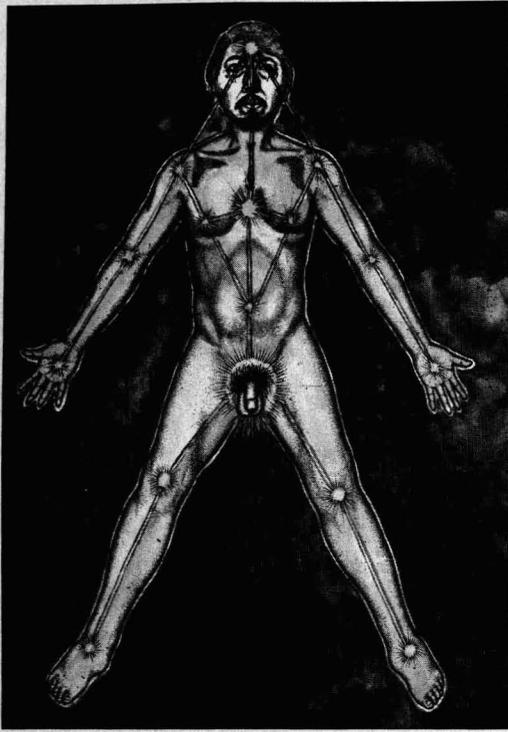
Inevitablemente también, esto llevó a situar estos plantea-

mientos en el terreno de los buenos deseos y no de las realidades sociopolíticas. Y la introspección hizo que se centrara el análisis en las reacciones psicológicas y en las prácticas corporales. Se podía arropar todos estos planteamientos con los discursos de la izquierda socialista, del liberalismo y hasta del nacionalismo revolucionario, pero el fondo del asunto era el mismo, las mujeres pedíamos el control sobre nuestros cuerpos y la igualdad a ultranza. Sólo que partíamos mirando únicamente a las mujeres desde un enfoque unifactorial e introvertido, que soslayaba las interacciones con el contexto cultural y político.

Sobre esa misma premisa de la igualdad originaria se tejieron las tácticas del movimiento feminista, que transformadas ya por los grupos y partidos políticos, emergieron como un conjunto dispar de "demandas femeninas": a trabajo igual, salario igual —demanda todavía absolutamente legítima; pero ¿igual carga física de trabajo?, ¿iguales condiciones de jornada de trabajo sin tomar en cuenta la jornada de trabajo doméstico, ni las tareas de la maternidad?, ¿iguales expectativas de desempeño en el trabajo y en las estructuras organizativas?, ¿comportamiento idéntico en relaciones laborales, de jerarquía, de sindicalización, de votaciones? Nuevamente, se perdía de vista el contexto obrero, empresarial, financiero, técnico y organizativo en el que las mujeres tendrían que contender.

Aprender de las experiencias

Muy pronto las realidades empezaron a desmoronar la estructura de estas demandas. Las realidades económicas mostraron que muchas mujeres adquirirían, con el empleo remunerado, una tercera jornada de trabajo, o un desgaste físico insostenible, o un desgaste psicológico y moral también insostenible. Las realidades demográficas mostraron que las decisiones sobre la maternidad, la anticoncepción y el aborto no podían tomarse a la ligera. Las realidades psicológicas mostraron que transformar las relaciones con la pareja no era tan sencillo como parecía al principio. Las realidades políticas mostraron que para la política se requiere un entrenamiento a largo plazo, una disposición especial, una red de contactos de los que las mujeres casi siempre



están excluidas, en fin, una vocación y dedicación que no puede inventarse de la noche a la mañana.

De hecho, hubo quienes pensaron que en estos despeñaderos se había quedado el feminismo. En realidad, lo que se desbarrancó fue el simplismo impulsivo, la falta de experiencia y, por qué no decirlo, la ingenuidad de quienes nos lanzamos a cambiar la historia sin más arma que una razón moral. Pero el feminismo persiste como el filamento puro que conduce a un análisis y a una comprensión unidas sobre las mujeres y sus relaciones con los varones y con la sociedad. Quizá por ello, tiene que seguir siendo un enfoque unívoco e introspectivo, que aporte los análisis sobre la naturaleza, identidad, realidad corporal y psicológica de las mujeres, en el marco de un "análisis de género", que se vayan filtrando hacia otros órdenes.

El feminismo, como tal, es necesario y efectivo, aunque como movimiento social y político ha sido rebasado por otros movimientos de gama política, ecológica o cultural más amplia, en los que las mujeres han adquirido un liderazgo primordial. Y por ello, la "participación de las mujeres" se basa hoy en día en la "competencia" —en el buen sentido de la palabra, de lo "competentes" que pueden ser—, en la participación que comparten con los "varones". Se acabaron las cuotas, como debe ser, porque las cuotas representan una *concesión* para aquéllas a quienes se concibe como víctimas o como incapacitadas, y no un *reconocimiento* a la destreza o capacidad para quien está a la par:

Un poco en tangente sí hay que decir que ese reconocimiento que se llega a otorgar a una mujer al asignarle un alto nivel, por lo general le cuesta el doble y a veces el triple de esfuerzo que el que requeriría para lograr lo mismo un varón. Pero eso aceptémoslo ya como la carga generacional de las mujeres del último cuarto de siglo que quisimos entrarle al juego de la libertad.

Hay que destacar también que ciertos procesos políticos se han encargado de reconocer el peso real que tienen algunas reivindicaciones feministas. Basta mencionar el aborto, tema central en la elección pasada en los Estados Unidos y, entre otros, en la reunificación alemana; la preocupación generalizada por el futuro de la familia; las prácticas sociales que se derivan de la ingeniería genética y muchas más.

La demanda por la igualdad, como debe ser, en los noventa está siendo matizada por la reivindicación de la diferencia. Sí, las mujeres aportamos al trabajo intelectual o a la actividad política elementos distintos de los que aportan los varones; pero podemos funcionar en base a los mismos fines y estrategias. Sí, las mujeres de familias de bajos ingresos no quieren otro empleo remunerado, con pésimas condiciones de trabajo, pero sí quieren participación en los grupos que demandan mejores condiciones. Sí, las mujeres campesinas reivindican el lazo conyugal porque les aporta una seguridad económica y una legitimidad social y cultural fundamental para su sobrevivencia y la de sus hijos, pero quieren acceso a los insumos e instrumentos que les permitan hacer frente directamente a sus necesidades económicas. Sí, las mujeres profesionales necesitan reconstituir su identidad y sus fines para operar en un nuevo contexto familiar y laboral en las ciudades en crecimiento. Nuevos matices, mayor complejidad, es lo que han aportado los estudios sobre las mujeres en los ochenta y noventa. Pero hoy se amplía el reto.

Definirse en un mundo de fronteras aleatorias

Desde hace dos siglos, las fronteras no habían mudado tanto como en el momento actual. Se abren las fronteras de las disciplinas científicas, se alteran las fronteras étnicas y culturales, las fronteras nacionales se permean de intercambios y surge, ominosa, una última frontera de relación entre los seres humanos y el planeta. Todo esto, sin duda, está relacionado con la forma sorprendente en que se están modificando las fronteras de las relaciones interpersonales en el mundo occidental: entre las edades, y, sobre todo, entre los géneros.

Tenemos que aprender nuevamente a hacer ciencia, a cambiar al mundo y a comprender la participación de las mujeres en este nuevo contexto de fronteras aleatorias, entendiendo que éstas, sobrepuestas una sobre otra en distintas escalas y distintas dimensiones sociales, son las que conformarán la estructura social del nuevo milenio. En relación con los géneros, nos falta entender cómo está variando esta frontera en tanto que dimensión del conjunto de estructuras delimitadas. Para ello hay que levantar la vista hacia el horizonte para emprender tareas inusitadas y prácticas novedosas. Si alguna vez en la historia hemos tenido la oportunidad las mujeres de aportar para crear nuestro propio futuro, sin duda es hoy, con una condición: que ese aporte forme parte del futuro de toda la humanidad y del planeta. ◇